



LA DAMA EN LA SOMBRA



ARMIN ÖHRI

LA DAMA EN LA SOMBRA

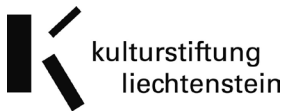
Traducción del alemán de Leonor Saro

IMPEDIMENTA

Título original: *Die Dame im Schatten*
Primera edición en Impedimenta: noviembre de 2024

Copyright © Gmeiner-Verlag GmbH, Meßkirch, 2015
Copyright de la traducción © Leonor Saro, 2024
Imagen de cubierta: *Smoke* © Corinne Elyse, 2018
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2024
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>



ISBN: 978-84-19581-78-5
Depósito Legal: M-16927-2024
IBIC: FA

Impresión y encuadernación: Kadmos
P. I. El Tormes. Río Ubierna 12-14. 37003 Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Katharina

La soga al cuello al pequeño maleante,
Pero si es gran ladrón, collar de diamantes.

GEORG ROLLENHAGEN, *Froschmeuseler*

CAPÍTULO UNO

Las puertas del infierno estaban abiertas de par en par y, desde sus abismos más recónditos, se arrastraban los demonios, monstruos y diablos del mundo real en forma de granadas de mano y fusiles de aguja.

Una maraña espesa de nubes oscuras se arremolinaba sobre la comarca bohemia, aquel 3 de julio de 1866, en las inmediaciones del fuerte de Königgrätz. Recordaba a una esponja empapada de agua sucia, lista para descargar sobre la región. Entre el río Elba y el Bistrița, a lo largo de una hilera de colinas, una ráfaga de viento arrastró las nubes hasta la cresta. Al destello de un relámpago le seguía el estrépito de un trueno. Julius Benteim dirigió la mirada al horizonte, iluminado por un instante por un rayo, y reparó en los contornos de las fortificaciones austríacas. A lo lejos, los cañones de la artillería enemiga se recortaban sobre el cielo como los huesos de un esqueleto.

El batallón de Benteim llevaba cuatro horas atravesando campos neblinosos. Los soldados se habían desplegado en una

estación con el andén muy estrecho y cubierta por un tejado bajo de color rojo. Un mensajero de posta les dio aceleradamente algunas órdenes antes de apresurarse para recibir nuevas instrucciones en la oficina de telégrafos más cercana. Las suelas de las botas de Bentheim estaban desgastadas y el uniforme se le pegaba al cuerpo como un cartón mohoso. El aire era húmedo y frío. De los arroyos y riachuelos que cruzaban los campos se elevaba una bruma de vapor. Cuando finalmente empezó a diluviar, el general Fransecky, al mando de la séptima División de Infantería de Prusia, dirigió a sus hombres hasta Swiepwald. Los soldados rompieron el orden de marcha y se abrieron paso entre la maleza.

—¡Formad una línea de fuego! —tronó la orden del asistente de campo—. ¡Desplegaos y atrincheraos lo mejor que podáis!

Habían avanzado ya unos trescientos metros en la espesura, sin toparse con ninguna posición enemiga, cuando Julius vislumbró una pequeña colina sobre la cual se alzaba un viejo y nudoso pino, cuyas anchas ramas resguardaban el suelo de la humedad. El suboficial que estaba a su lado captó la idea y asintió. Era Albrecht Krosick, el mejor amigo de Bentheim. Llevaba los galones plateados del cuello y de las solapas de la chaqueta salpicados de manchas. La expresión extenuada de sus ojos y sus mejillas hundidas deslucían el esplendor original de su apariencia. El rostro de aspecto inocente de Albrecht estaba sucio.

Los dos oficiales indicaron a sus cabos que levantaran un terraplén. Respirando agitadamente, estos obedecieron, y un cuarto de hora más tarde una docena de hombres exhaustos yacían amontonados en una trinchera. Las copas de los árboles los guarecían de la lluvia.

Julius sacó un poco de pan de la bolsa de provisiones.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Albrecht.

Este asintió y Bentheim le tendió un trozo. Comieron, perdidos en sus pensamientos, mientras sus compañeros de pelotón fumaban o se entretenían jugando a las cartas.

—¡Maldito Bismarck! —dijo Krosick, rompiendo el silencio—. ¡Si ese estudiante hubiera apuntado mejor...!

—¿Te refieres a Cohen-Blind?

Un gruñido fue todo lo que obtuvo por respuesta. Julius Bentheim cerró los ojos para recordar con mayor claridad aquella vez en el bulevar Unter den Linden, cuando ambos presenciaron el intento de atentado por parte de un joven estudiante contra el primer ministro Bismarck. La víctima salió ilesa de milagro, mientras que Cohen-Blind, tras ser conducido a comisaría para el interrogatorio, se rebanó el cuello en un momento de descuido. Julius conocía las costumbres del palacio Grumbkow, la sede de la gendarmería de Berlín. No podía librarse de la amarga sospecha de que quizá el criminal había contado con un poco de ayuda.

Al coger un segundo trozo de pan, sus dedos rozaron el paquetito con su correspondencia, que siempre llevaba consigo. Desde la movilización y la llamada a filas de los reservistas, solo había recibido cuatro cartas de su mujer embarazada. Durante la segunda semana de mayo, Albrecht y Julius, junto con otros hombres aptos para el servicio, habían sido reclutados a la fuerza en la casa de estudiantes regentada por la viuda Losch. Miles de soldados fueron arrojados al terreno de juego de la política europea, para marchar contra las tropas de la Confederación Germánica, siguiendo enrevesadas estrategias y artimañas.

—En algún lugar allá afuera, al otro lado del Bistrița —musitó Bentheim señalando a la lejanía—, está el enemigo. Puede que sea un sajón o un bávaro o quizá un joven austríaco. No nos conocen, ni nosotros a ellos... Y, sin embargo, vamos a enfrentarnos y a dispararnos, porque así se le ha antojado a un viejo demente.

Albrecht miró a su amigo con expresión cansada.

—Eso no importa, Julius, nada va a cambiar. Desecha los malos pensamientos. Haz como yo: ¡vive! Vive el aquí y el ahora. No pienses en el ayer ni en el mañana. Simplemente, vive.

—Sobrevive, querrás decir.

—Sí, Julius, de eso se trata. Lo demás ya se verá.

Bentheim entrecerró los ojos y dejó que su mirada vagara por el bosque. A través de la lluvia, distinguió a los soldados de otras compañías y escuadrones, apelotonados en los embarrados senderos o agazapados detrás de los árboles caídos, en busca de refugio. En la lejanía, se oía el clamor de la batalla, que iba en aumento conforme avanzaba la contienda.

—Se están acercando —dijo Albrecht con voz sombría.

Bebió un trago de su cantimplora, la cerró con cuidado y limpió el barro acumulado en la mira de su fusil. Julius le imitó. El ruido venía del este, del cuarto cuerpo del Ejército austríaco, que avanzaba bajo las órdenes del conde Festetics. Los cañones de las armas prusianas apuntaban en fila en la dirección en la que se esperaba al enemigo. Uno de los factores más importantes en una guerra —en esta como en cualquier otra— era la habilidad de ser impredecible y tomar un rumbo que nadie pudiera adivinar. Por eso a Julius le pareció oportuno apostarse en el húmedo suelo de un bosquecillo insignificante, pocos días después de la importante batalla de Münchengrätz, en la cual Prusia se había hecho con el control absoluto de la línea del Iser.

De pronto, se oyó un relincho. En algún lugar debía de haber un jinete. Julius fijó la vista en un punto oscuro: un árbol a unos trescientos o cuatrocientos metros de distancia. Allí, entre los troncos, aparecería el enemigo. Un caballo volvió a relinchar; claramente, esta vez mucho más cerca. Algunos hombres salieron de entre los arbustos: era la avanzadilla,

formada por sargentos y soldados de primera. Avanzaban por el terreno pantanoso, deteniéndose de vez en cuando para tratar de escuchar algún ruido, pero la lluvia torrencial no les permitía oír nada.

Bajo las órdenes de Bentheim, dispararon una primera descarga, y después una segunda, y en la tercera andanada se unieron los disparos de sus camaradas. Los fusiles de percusión M41 del Ejército prusiano cumplieron con su terrible propósito. Mientras que los austríacos aún luchaban con armas de avancarga, algunas de las cuales tenían que cargarse de pie con una baqueta de hierro, Julius y sus camaradas contaban con novedosos fusiles con percutor de aguja, armas con cartuchos de pólvora negra y una potencia de fuego de siete tiros por minuto.

Las balas surcaron el bosque, rompiendo hojas y ramas a su paso, cercenando las copas de algunos abetos jóvenes y atravesando las piernas, los brazos y los estómagos de los soldados austríacos. De pronto, apareció uno de los caballos, una montura blanca. Se encabritó, se sentó sobre sus patas traseras como si fuera un perro y salió desbocado, arrastrando tras de sí a su jinete, que se había quedado enganchado en los estribos. Cayeron nuevos disparos. Por un momento, Julius no pudo ver nada, hasta que la silueta del galopante animal emergió de repente de entre la humareda que, poco a poco, se iba disipando. El caballo a la carrera, imposible ya de refrenar o dirigir, se precipitó en un estanque cenagoso, donde quedó atrapado. Sus flancos estaban cubiertos de sudor y el jinete caído yacía maltrecho en el suelo. El soldado se hundía cada vez más en el fango mientras su uniforme se empapaba de agua, y Julius le apuntó con el arma para darle el tiro de gracia.

Pero Albrecht empujó el cañón del arma hacia el suelo, y no disparó: